



HOMILÍA CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS

02/XI/2023.

Muy apreciados hermanos:

Con mucha fe y devoción, los venezolanos conmemoramos el día de los fieles difuntos: solemos ofrecer la Santa Misa por su eterno descanso y, donde es posible, vamos al cementerio o al lugar donde están restos mortales cremados, a orar y meditar sobre la muerte, que es una realidad, pero también un misterio. Este día, el sacerdote puede celebrar 3 misas, con el fin de brindar a los fieles más posibilidades para orar por sus seres queridos.

Desgraciadamente, nuestros cementerios, o como los llamamos camposantos, se han convertido en lugares inseguros, vemos cómo son profanadas las tumbas y no son mantenidos convenientemente. Además, se quiere sustituir la conmemoración de los santos y de los fieles muertos por la fiesta de Halloween, que es una fiesta pagana y contraria a la fe cristiana. Y ya, con mucha frecuencia, las familias católicas no piden la presencia de un sacerdote en las exequias, y no ofrecen sufragios por sus seres queridos fallecidos.

Por eso, en estas celebraciones, siempre es bueno recordar algunos puntos de nuestra fe católica.

¿Por qué rezamos por los fieles difuntos? ¿Es un invento de la Iglesia? ¿Es querido por Dios?

En la Carta a los hebreos podemos leer que después de la muerte viene el juicio: «Está establecido que los hombres mueran una sola vez y luego viene el juicio» (Hb 9, 27). Y San Pablo a los Corintios que «cada uno recibe conforme a lo que hizo durante su vida mortal» (2 Cor 5, 10).

Y doctrina católica que en el juicio particular se destina a cada persona a una de estas tres opciones: Cielo, Purgatorio o Infierno.

- Las personas que en vida hayan aceptado y correspondido al ofrecimiento de salvación que Dios nos hace, y se hayan convertido a Él, y que al morir se encuentren libres de todo pecado, se salvan y van al cielo.
- Quienes hayan rechazado el ofrecimiento de salvación que Dios hace a todo mortal, o no se convirtieron mientras su alma estaba en el cuerpo, recibirán lo que ellos eligieron: el Infierno, que es la separación eterna de Dios, es la peor desgracia que le puede ocurrir a una persona.
- Y finalmente, los que en vida hayan servido al Señor, pero que al morir no estén aun plenamente purificados de sus pecados, tendrían que purificarse. A este estado lo llamamos purgatorio, pues «Nada impuro entrará en ella (en la Nueva Jerusalén)» (Ap 21, 27).

La Tradición constante de la Iglesia, que se remonta a los primeros años del cristianismo, confirma la fe en el Purgatorio y la conveniencia de orar por nuestros difuntos, teniendo en cuenta lo que dice el Libro de Macabeos: "...es cosa buena y justa orar por los fieles difuntos para que se les perdonen los pecados..." (2Mac 12, 43 al 46). Además, el mismo Jesús dice que «aquel que peca contra el Espíritu Santo, no alcanzará el perdón de su pecado ni en este mundo ni en el otro» (Mt 12, 32). Eso revela claramente que alguna expiación del pecado tiene que haber después de la muerte y eso es lo que llamamos el Purgatorio. En consecuencia, después de la muerte hay Purgatorio y hay purificación de los pecados veniales. San Agustín, por ejemplo, decía: «Una lágrima se evapora, una rosa sobre mi tumba se marchita, sólo la oración llega hasta Dios».

Además de rezar por nuestros fieles difunto, para que sean purificados de sus pecados, hoy es un día propicio para reflexionar sobre la muerte, sobre nuestra propia muerte. La muerte es el encuentro definitivo con nuestro Dios. Hemos sido creados para vivir con Dios, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descansa en él. Somos peregrinos en esta tierra, nuestra patria definitiva es el cielo. Eso es lo quiere de nosotros el Señor, como dije anteriormente.

Al tratar este tema, debemos tener presente los sentimientos que tuvo Nuestro Señor Jesucristo y seguir su ejemplo.

- Recordemos aquel episodio de la muerte de su amigo Lázaro. El Evangelista San Juan, dice que Jesús se conmovió profundamente, que lloró con amargura, pues, en muchas ocasiones, cuando iba o venía de Jerusalén, compartía con él y sus hermanas, Marta y María, en Betania. El Señor no oculta su dolor ni sus lágrimas. Y la gente, cuando lo veía llorar, exclamaba: "miren cómo lo amaba". Pero sabemos que esa muerte física temporal estaba en el plan de Dios, para que Jesús mostrara que era Dios, y que tenía poder sobre ella, pues Él es la Resurrección y la Vida.
- Unas horas antes de entregar su vida por nosotros, Jesús se retira a la montaña a orar a su Padre para que "alejara de él ese cáliz, la muerte", y era tal su angustia que de su cuerpo "salía sudor de sangre". Pero, confiando plenamente, exclamaba: "no se haga mi voluntad, sino la tuya", para eso había venido al mundo.

Sentimientos, quizás, de incertidumbre, zozobra, tristeza; pero también sentimientos de docilidad, fe y aceptación de la voluntad de Dios, que sabes más y sabe lo que nos conviene en cada momento.

Hemos de prepararnos para ese gran momento y tener presente el consejo que nos da la Biblia: "en todo lo que hagas, acuérdate de tu fin y nunca pecarás" (Sir 7, 36). Hay personas que les da miedo, terror tratar el tema y creen que "todavía no es su hora", que pensarán a portarse bien cuando sean ya ancianos. Pero ¿a quién se le ha prometido el día de mañana?

Recuerdo que, siendo párroco, me pidieron ir a unas exequias, pero todavía no habían sacado el cadáver de la morgue, ya que había una huelga en el hospital. Como había pasado algunos días lo llevarían directo al cementerio. Al llegar a la

morgue, como no había personal, tuve que buscar, entre tantos cadáveres, el cadáver al cual le haría las oraciones y le echaría el agua bendita. Había muchos cadáveres: recién nacidos, jóvenes, adultos, ancianos; personas rubias, morenos y negros; venezolanos, peruanos y colombianos... y reflexioné para mis adentros: Ángel: el único requisito que se necesita para morir es estar vivo y tú ya cumples ese requisito; y los que estamos aquí ya cumplimos ese requisito. Por eso, dice la Escritura, la muerte “vendrá como un ladrón en la noche”, sin avisar, en cualquier momento. Nuestros abuelos decían: “Mira que Dios te mira; mira que te está mirando; mira que haz de morir; mira que sabes cuándo”.

Los santos siempre han aconsejado que debemos vivir cada instante como si fuera el último instante de nuestra vida, y hacer en todo momento obras de caridad. Alejandro Magno, el gran conquistador, cercana ya su muerte, para su funeral, hizo la siguiente petición:

- Su urna debía ser llevada por los mejores médicos, para que ellos sepan que ni los mejores entre los médicos tienen nada que hacer ante la muerte.
- Todas sus riquezas debían ser esparcidas por el camino que llegaba a su tumba, para que quede claro que las riquezas de este mundo se quedan en este mundo.
- Sus manos queden a la vista de todos, para que no quede duda de que venimos a este mundo con las manos vacías y con las manos vacías nos despedimos de él.

¡Alejandro Magno tenía bien claro qué es la muerte!

Queridos hermanos, no nos olvidemos de orar por nuestros fieles difuntos, y preparémonos para nuestro encuentro definitivo con el Señor, con las obras de caridad que nos menciona el evangelio de hoy, a fin de que podamos escuchar la voz de nuestro Señor “ven bendito de mi Padre; toma posesión del reino, preparado para ti desde la creación del mundo”. Que podamos decir como el salmista: “lo único que pido, lo único que busco es vivir en la casa del Señor toda mi vida, para disfrutar de las bondades del Señor y estar continuamente en su presencia”. Que así sea.



+ *Ángel Caraballo*

† **Ángel Francisco Caraballo Fermín**
Obispo de Caimas

Prot. 2023/207